**Viernes XXV del TO
Ciclo C**

23 de septiembre de 2022
Ecli 3, 1-11
Sal 143
Lc 9, 18-22
*P. Eduardo Suanzes, msps*

El texto comienza con la advertencia de que Jesús estaba orando, como siempre que va a decir o hacer algo verdaderamente importante. Se va producir una declaración de Jesús sobre quién es él. Es curioso que el texto dice que el único que estaba orando era Jesús, y además solo, aunque los discípulos estaban allí[[1]](#footnote-1).

¡Qué maravilloso constatar que nada de lo que fue y predicó Jesús puede explicarse sin su intimidad con el Padre, sin su oración. La forma en que Jesús habla de Dios como salvación, se inspira directamente en su experiencia personal. La experiencia básica de Jesús fue la presencia de Dios en su propio ser. Jesús experimenta que Dios es todo para él y él todo para Dios. Es consciente de la fidelidad de Dios-amor y respondió vitalmente a esta toma de conciencia.

Ahora el interés de Lucas se centra en hacer ver que la respuesta a la cuestión que plantea el propio Jesús es, en realidad, la respuesta a la gran pregunta que se había planteado Herodes. El terreno está preparado para que, en la contestación, aproveche Jesús en decir quién, en realidad, es él. Es la respuesta decisiva a la gran pregunta de Herodes[[2]](#footnote-2).

Jesús les lanza la pregunta: *« ¿quién dice la gente que soy yo?»*. Ciertamente, por las respuestas de sus discípulos, la opinión de la gente indica ya una alta consideración de la persona de Jesús, pero está muy lejos de acertar en el pronóstico.

En vez de hacer algún comentario sobre esa diversidad de reacciones (que, por otro lado, son idénticas a las que formularon a Herodes), Jesús plantea directamente a sus propios discípulos la gran cuestión de su identidad. La pregunta supone, indirectamente, que considerar a Jesús como «profeta» no es el enfoque más adecuado de la cuestión.

La opinión de los doce, manifestada por Pedro («*el Mesías de Dios*», o en griego, «*el Cristo de Dios*»), parece a primera vista acertada; pero no nos debemos dejar llevar por lo que para nosotros ahora significa esa expresión. Porque el título de Mesías es un título ambiguo al que los adversarios de Jesús dan un sentido nacionalista y político. Para el Israel de Jesús «*mesías*, es decir, *el ungido de Dios*», «*el cristo de Dios*», era la manera de designar al que el pueblo de Israel esperaba. Es lo que pensaban Pedro y los demás sobre Jesús ***en ese momento***. Es decir, un Mesías nacionalista que traería la salvación política, económica y religiosa para todo el pueblo y que lo pondría por encima de sus enemigos: esa era la esperanza judía contemporánea a Jesús. En otras palabras: Pedro, junto con los demás, que han oído a Jesús predicando la buena noticia del Reino, que han visto cómo ha curado a los enfermos, que han experimentado la fascinación de sus prodigios, reconoce a Jesús como «el ungido», el enviado de Dios, con la misión de «restaurar el reino para Israel», pero en el sentido nacionalista-político, un Israel hegemónico sobre el resto del mundo.

Por eso Jesús les ordena «***severamente***», que no divulguen esa idea, que no lo dijeran a nadie. Es una prohibición rotunda. ¿Por qué? Porque esa opinión es también falsa. Es decir, él no niega que él es el «ungido» de Dios; lo único que hace es prohibir terminantemente a sus discípulos que empleen ese lenguaje, con referencia a su persona, por las connotaciones políticas del término.

Y les llama al silencio sobre esa idea porque acto seguido les anunciará la manera real en que va a realizarse su mesianismo, que no es como ellos piensan, imaginan y esperan. Es lo que se ha llamado «el secreto mesiánico».

A continuación se nos propone la verdadera figura del Mesías, pero ahora expuesta por el mismo Jesús. El Mesías se convierte en «*Hijo de hombre*», el modelo de hombre, el ser humano que vive su plenitud. No es el triunfador, el poderoso, el que está por encima de los demás, sino el que aguanta, el que sufre, el que tiene que padecer las iras y rencores de los suyos, el humillado y despreciado, precisamente por no renunciar a ser «humano». Y todo esto hasta el extremo, hasta perder la vida por mantener esa actitud. Es el anuncio de la pasión. El que quiera adherirse al Mesías, no tiene más remedio que emprender el mismo camino. No hay alternativa posible[[3]](#footnote-3). Los verbos tienen significado pasivo: *padecer, ser rechazado, ser ejecutado* a manos del Sanedrín compuesto por *ancianos, sumos sacerdotes y escribas*.

De momento, en Lucas, no hay reacción de los discípulos a las palabras de Jesús[[4]](#footnote-4), siendo los versículos siguientes de la Transfiguración la respuesta de Dios, del Padre, a la pregunta fundamental, con una palabra final: «*Este es mi Hijo el elegido; escuchadle*».

Esta declaración de Jesús es el primero de los tres anuncios formales de su pasión y resurrección, tal como los presenta el Evangelio según Lucas; los otros dos se encuentran en 9,43b-45 y 18,31-34.

Jesús sabe que su destino de muerte es voluntad del Padre; ni siquiera una declaración como la de Pedro, que le reconoce como «*ungido de Dios*» e instrumento de su salvación, puede borrar de su horizonte —y precisamente a este punto de la narración evangélica— la perspectiva trágica de su muerte. Pedro —y los demás discípulos— tienen que conocer lo que les espera.

**A modo de información**

Para concluir, no estaría mal decir una palabra sobre el proceso de desarrollo que experimentó ese título desde la propia declaración de Pedro, hasta que llegó a cristalizar en el sentido plenamente cristiano del título: «***Cristo***». Naturalmente, en el estadio I de la tradición, es decir, en la declaración histórica de Pedro, el título no encierra la plenitud de significado de la fe cristiana; eso no pudo ser más que consecuencia de la resurrección. Si Pedro reconoció a Jesús como «*el Mesías de Dios*» —naturalmente, en el sentido judío, el problema consiste en determinar cómo fue desarrollándose ese título, hasta adquirir todas las connotaciones cristianas de la denominación «Cristo» e incluso a convertirse en nombre propio del personaje: «Jesucristo». No cabe duda que Jesús corrigió el título que acababa de darle Pedro; pues bien, ¿cómo llegó a ser aceptado por la comunidad cristiana? Una posible respuesta está en considerar el eslabón fundamental de todo este proceso el rótulo que presidía la cruz de Jesús: «*El rey de los judíos*»

Por tratarse de una inscripción romana —y, por consiguiente, cargada de desprecio hacia los judíos—, difícilmente se puede poner en duda su historicidad. Pero fue inconcebible que la primera comunidad cristiana hubiera llamado a su Señor «el rey de los judíos». Para el cristianismo naciente, el personaje que murió en una cruz fue resucitado por Dios y «*constituido Señor y Mesías*» (Hch 2,36). En otras palabras: *el titulus* de la cruz («*El rey de los judíos*»), formulado por el gobernador romano, fue el punto de partida para que en el Nuevo Testamento se aplicase a Jesús ese título por excelencia: «Cristo». El rey de los judíos es el ungido por Dios (mesías =ungido), y Cristo es la palabra griega que significa eso, precisamente: Ungido. De hecho, ya en las primeras cartas de Pablo es muy frecuente el uso de la denominación «Cristo» como nombre propio de Jesús[[5]](#footnote-5).

1. Una vez más, el texto litúrgico no dice lo que el original griego dice: «*Y sucedió que mientras él estaba orando* ***a solas****, se hallaban con él los discípulos y él les preguntó…» o «cuando Jesús estaba orando* ***solo*** *en presencia de sus discípulos»…* [↑](#footnote-ref-1)
2. Joseph A. Fitzmyer. *El Evangelio según Lucas. III*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1987 [↑](#footnote-ref-2)
3. Cfr. Fray Marcos. *Jesucristo, genial integración del Jesús histórico y el Cristo de la fe*. En [www.feadulta.com](http://www.feadulta.com) [↑](#footnote-ref-3)
4. Lucas suprime en su redacción la reacción de Pedro conminando a Jesús a que desista de esa idea y la durísima reprimenda que recibió del Maestro. Y es que Lucas, omite, deliberadamente, —en la medida d elo posible— todo lo que puede resultar ofensivo para Pedro y los apóstoles en general. [↑](#footnote-ref-4)
5. Cfr. Joseph A. Fitzmyer. *Op.cit.* [↑](#footnote-ref-5)